

El poblado fortificado de la Edad del Hierro de La Muela (Torrecuadrada de los Valles y Torrecuadrada, Guadalajara)

The Iron Age hillfort of La Muela (Torrecuadrada de los Valles-Torrecuadrada, Guadalajara, Spain)

Gabriel Bartolomé Bellón¹, Juan Francisco Blanco García² y Luis Berrocal-Rangel²

Recibido: 30-05-2019

Aceptado: 19-09-2019

Resumen

Este artículo constituye un adelanto de las investigaciones arqueológicas desarrolladas en el yacimiento de La Muela de Torrecuadrada de los Valles y Torrecuadrada, un asentamiento situado en la cuenca alta del río Tajuña, en la provincia de Guadalajara. El momento inicial de ocupación se remonta al Bronce Final de signo Cogotas I, como indican las cerámicas pertenecientes a esta cultura arqueológica recuperadas en prospección y en excavación arqueológicas. Posteriormente, aunque desconocemos la continuidad del poblamiento, en el lugar estuvo asentada una comunidad de la Primera Edad del Hierro vinculable con las fases antiguas de la cultura celtibérica. A partir del siglo V a.C. se impuso la cerámica fabricada a torno decorada con pintura roja y negra, en un entorno caracterizado, presumiblemente, por viviendas de planta rectangular y por importantes fortificaciones de notable calidad técnica construidas con sillarejos. Posteriormente, La Muela fue reocupada durante el Bajo Imperio Romano.

Palabras clave:

Bronce Final, Cogotas I, Primera Edad del Hierro, Cultura Celtibérica, Fortificaciones, Valle del Tajo.

Abstract

This paper offers an approach to the first results of our archaeological investigations in the site of La Muela, a settlement situated on the high valley of the Tajuña river, in Guadalajara province (Easter Spanish plateau). This site was dug in 2017, and excavations gave a good stratigraphical record with representative remains: from an oldest phase, that we dated along the Late Bronze Age site according to sherds of fine ware decorated of Cogotas I type, to an Early Iron Age, behind a transitional period between them. This second period is recognized as a Proto-Celtiberian hill-fort, but it is from the 5th century BC when we found a small fortified village of Celtiberian culture, with wheel-made pottery painted in red, stone plinths rectangular houses and a big rampart, that was built with a masonry of good quality. The site was reoccupied along the Late Roman Empire.

Key words:

Late Bronze Age, Cogotas I, First Iron Age, Celtiberian Culture, Fortifications, Ramparts, Tagus valley.

¹ Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología. Universidad Complutense de Madrid. gabartol@ucm.es.

² Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid luis.berrocal@uam.es / <http://orcid.org/0000-0003-3839-6453>; paco.blanco@uam.es / <http://orcid.org/0000-0001-9950-7749>. Grupo de Investigación OPPIDUAM. Proyecto HAR2016-77739-P, La Arquitectura protohistórica en el Occidente de la Meseta. Arqueotectura y Arqueometría del patrimonio construido de los castros vettones.

1. INTRODUCCIÓN

El cerro de La Muela de Torrecuadrada y Torrecuadradilla se localiza en el extremo nororiental de la comarca natural de la Alcarria Alta, en el centro-norte de la provincia de Guadalajara. Está situado en el curso alto del río Tajuña³, en los términos municipales de Torrecuadrada de los Valles y Torrecuadradilla. El yacimiento se emplaza en la plataforma superior de un cerro calizo de escarpadas laderas que se levanta en la margen izquierda del río, sobre el horcajo que forma con el arroyo de la Carrera de la

Hoz. La cima amesetada de La Muela abarca una superficie total de 4,38 ha, delimitada al sur y al este por pronunciados cortados rocosos que superan los 30 m de altura. Su altitud sobre el nivel del mar oscila entre los 1.031 y los 1.010 m (fig. 1). En los últimos cincuenta años, con el retroceso de la ganadería ovina, el sabinar ha ganado terreno al pasto, conformando un denso bosque de umbría en la cima del cerro, cuya superficie está cubierta por un tupido manto de musgos y líquenes. Hemos tratado en dos artículos anteriores las características geológicas del

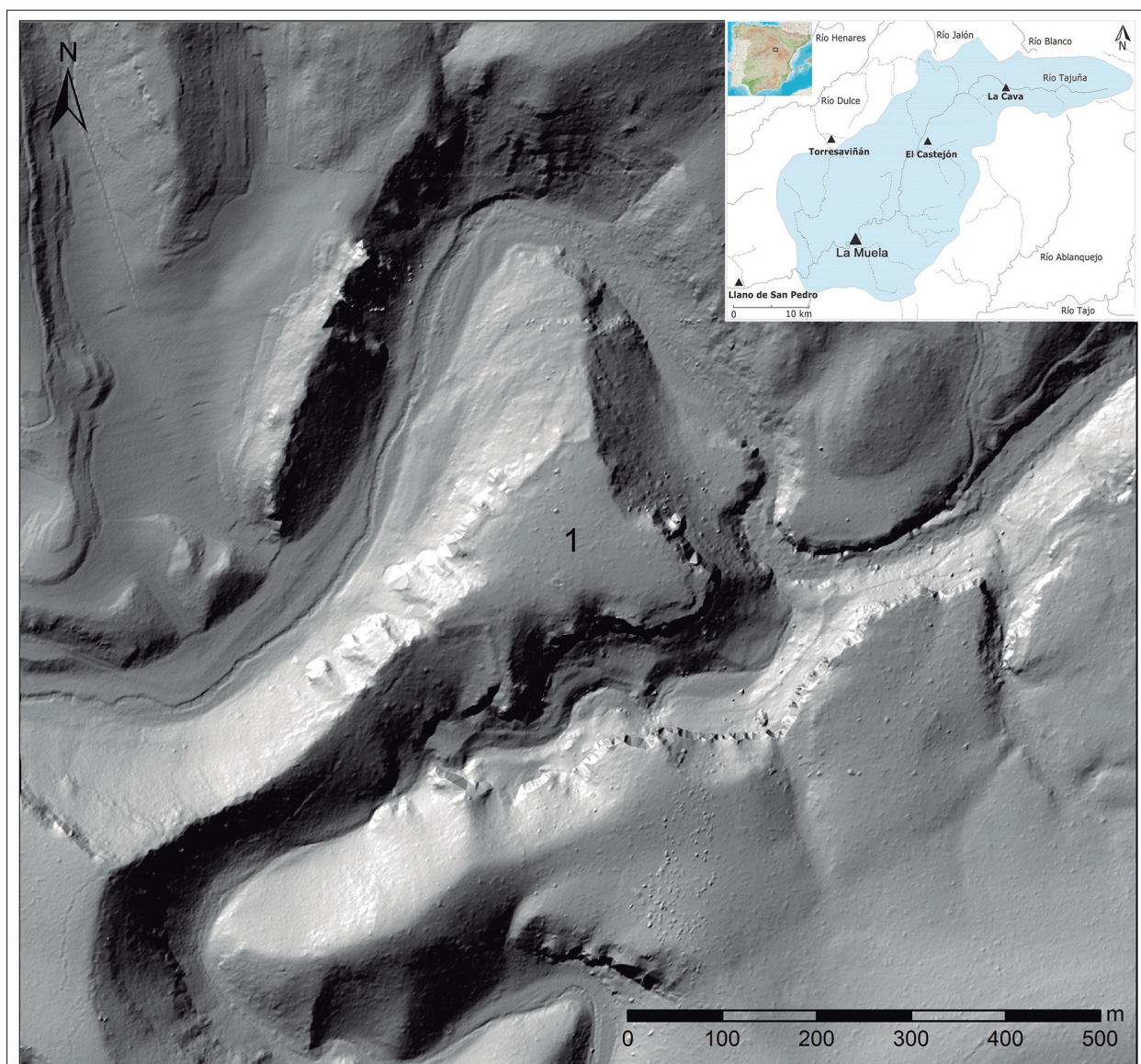


Figura 1. Modelo digital LiDAR del poblado y su entorno inmediato: 1. La Muela de Torrecuadrada y Torrecuadradilla; En la esquina superior derecha se muestra la localización del yacimiento en la cuenca del alto Tajuña, junto a otros yacimientos contemporáneos (elaborado por L. Ruano).

³ Circunscribimos el Alto Tajuña al recorrido del río por el terreno mesozoico de las estribaciones occidentales del Sistema Ibérico, antes de penetrar en la cuenca sedimentaria de Madrid.

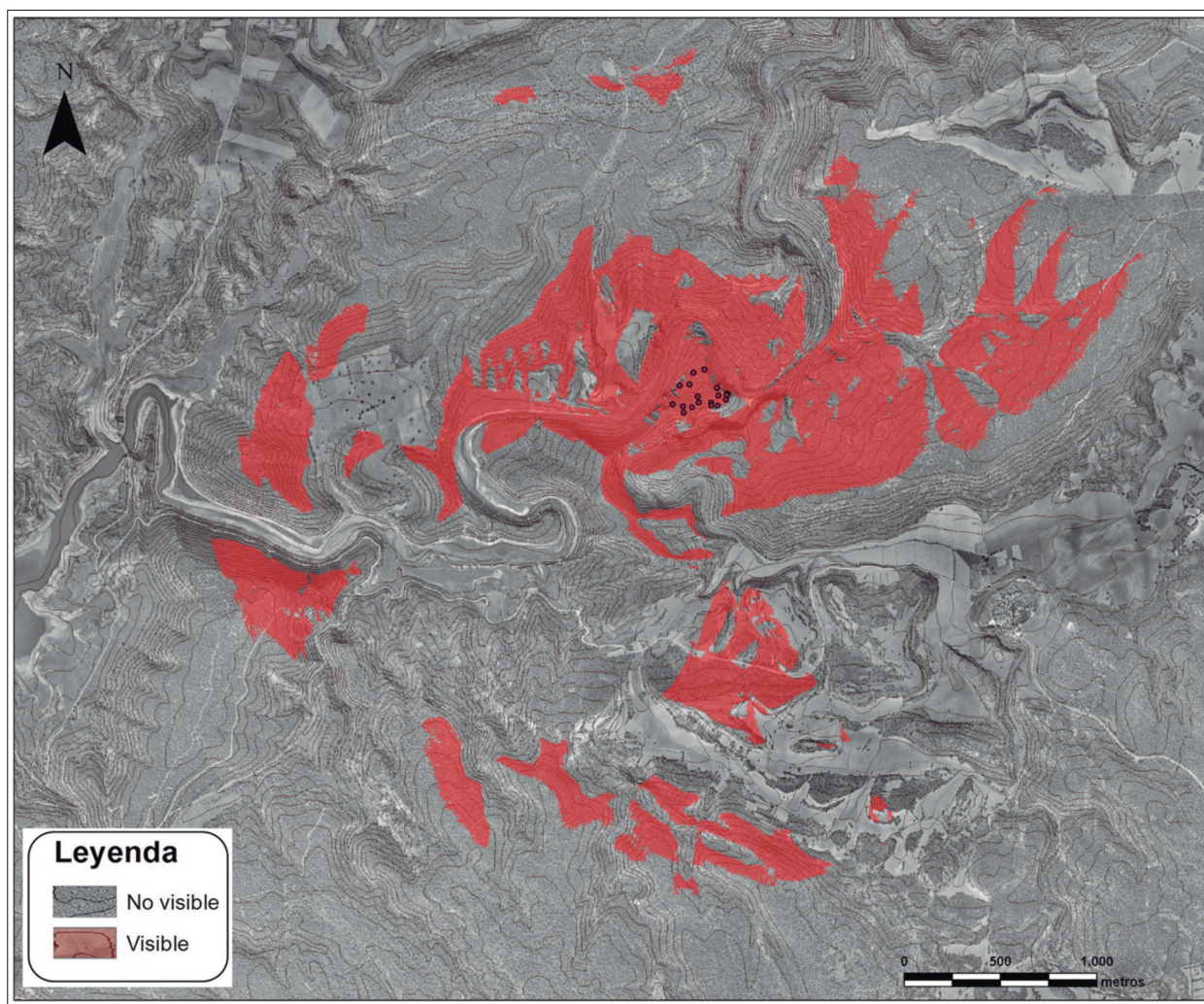


Figura 2. Cuenca visual inmediata en un radio de 2.500 m desde La Muela (elaborado por G. Bartolomé).

entorno de La Muela (Bartolomé Bellón, 2018b; Bartolomé Bellón, San Clemente y Serrano, e. p.), por ello nos vamos a limitar a señalar que el yacimiento se encuentra ubicado en las últimas estribaciones occidentales de la rama castellana del Sistema Ibérico, en terrenos constituidos superficialmente por materiales mesozoicos calizos que conforman amplias parameras en las que se encajan los cauces de los ríos.

Hay que resaltar de forma breve las favorables condiciones topográficas sobre las que se asienta el yacimiento. Como hemos señalado en la introducción, La Muela se levanta sobre el horcajo que forman el río Tajuña y un arroyo tributario (fig. 1). Esta situación ofrece unas extraordinarias defensas naturales al asentamiento, compuestas por un foso natural en tres de sus laderas, reforzado por altos escarpes calizos que superan los 30 m de altura. Por otra parte, la situación ligeramente encajada de La Muela respecto a los cerros circundantes condiciona

la cobertura visual de la que gozarían las gentes del Bronce Final y de la Edad del Hierro. Siguiendo los parámetros propuestos por uno de nosotros (LBR) en 2007, analizamos la cuenca visual inmediata, que abarca el terreno adyacente al poblado en un radio de 2,5 km, y el paisaje de horizonte, definido como el territorio visible desde el poblado hasta una distancia máxima de 7,5 km (Bartolomé Bellón, 2018b: 71s). En líneas generales, estos dos ámbitos visuales se concentran en las laderas circundantes y en un tramo de 2 km de la vega del río Tajuña, situada a los pies del cerro, así como en el último tramo del vallejo de la Carrera de la Hoz (fig. 2). Se trata de tierras que, antes de la despoblación rural del pasado siglo, se usaban como pastos de dehesa y para el cultivo de secano y regadío. Queremos resaltar, con ello, la riqueza agropecuaria que presenta el territorio inmediato dominado visualmente desde el yacimiento. Por otra parte, el escaso caudal del río, principalmente durante la estación

estival, permite cruzarlo por numerosos puntos en las cercanías de La Muela. Las minutas del MTN, realizadas en el año 1897, y los testimonios orales de los habitantes de los dos municipios, indican la existencia de, al menos, tres vados en las cercanías del yacimiento que se complementaban con los pequeños puentes de El Regachal y Aranz. Por este último, situado 5 km aguas abajo de La Muela, cruzaba la vía pecuaria del Cordel del Carril, sobre la cual algún autor ha situado la calzada romana secundaria que conectaba Segontia con Segobriga (Abascal, 2010). Sin embargo, no se han identi-

ficado indicios arqueológicos que permitan confirmar la propuesta de Abascal. Desde un punto de vista más general, la cuenca del río Tajuña y las parameras que lo flanquean constituyen una vía natural de comunicación entre la submeseta sur y el valle medio del Ebro, conformando también el Alto Tajuña una zona de paso preferente entre el Alto Duero y el valle del Tajo. Una vez esbozados estos aspectos generales, que contribuyen a comprender la continuidad del poblamiento en este enclave durante el Bronce Final y la Edad del Hierro, describimos los trabajos arqueológicos llevados a cabo en el yacimiento en los años 2016 y 2018.

2. LA PROSPECCIÓN INTENSIVA DE 2016

El yacimiento, conocido desde antiguo por los habitantes de Torrecuadrada, fue documentado administrativamente por Ricardo Berzosa al realizar la Carta Arqueológica de este municipio en el año 2008, quien lo interpretó como un importante *oppidum* celtibérico (Berzosa, 2008). Sin embargo, no fue hasta el mes de diciembre del año 2016 cuando uno de nosotros (GBB) llevó a cabo la prospección arqueológica intensiva del mismo, con el objetivo de estudiarlo con vistas a la realización del Trabajo de Fin de Máster en la Universidad Autónoma de Madrid (Bartolomé Bellón, 2018b).

Durante los trabajos arqueológicos de 2016 llevamos a cabo una prospección intensiva por

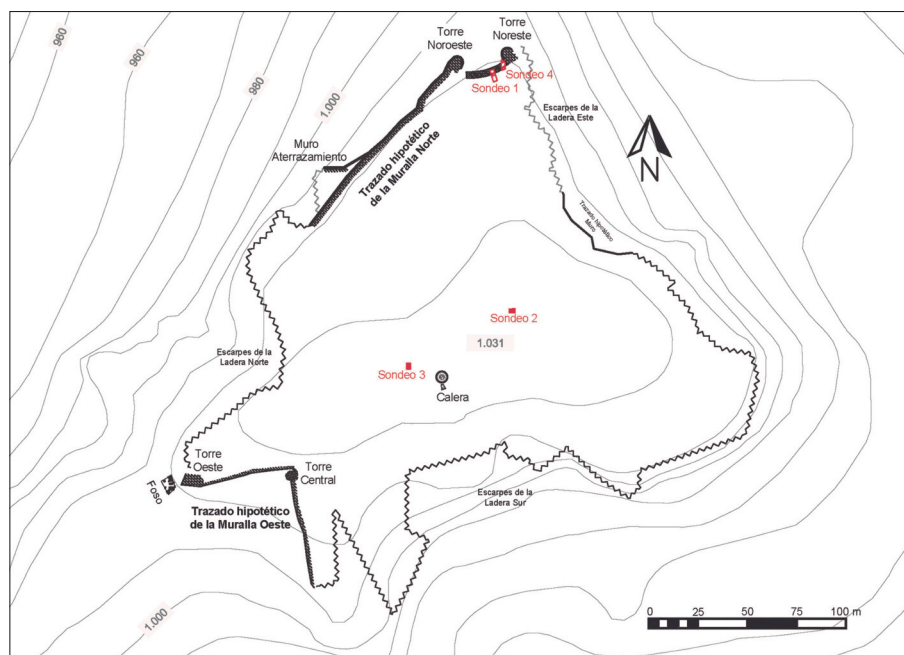


Figura 3. Localización de los sondeos sobre el mapa topográfico del yacimiento. Plano de las fortificaciones de la Edad del Hierro y del Bajo Imperio Romano. Las líneas quebradas indican escarpes rocosos (elaborado por G. Bartolomé).

muestreo sistemático estratificado (Bartolomé Bellón, 2018b: 25ss). Con esta técnica prospectamos noventa y siete “unidades de muestreo”, que representan un 5,5 por ciento de la superficie total del yacimiento, en las cuales recogimos todo el material mueble de superficie: 3.373 fragmentos de cerámica, 23 láminas de sílex, 6 fragmentos de hierro, 31 escorias, 3 fragmentos cerámicos procedentes, posiblemente, de hornos metalúrgicos, 2 molinos barquiformes, un molino circular y un fragmento de tambor de columna romana que, por sus reducidas dimensiones, pudo tener funciones ornamentales (*id.*: figs. 9 y 10). Además, documentamos y georreferenciamos las estructuras superficiales visibles, las cuales se hallaban parcialmente cubiertas por la densa vegetación de umbría que crece sobre La Muela (fig. 3). Las construcciones más destacadas pertenecen al sistema defensivo del poblado. Se trata de dos murallas que cierran el acceso al cerro por las dos laderas menos escarpadas, conformando un espacio interior que oscilaría entre las 3,67 y las 4,38 ha (ver Bartolomé Bellón, 2018b: 38ss). Las murallas están reforzadas por cuatro torres o bastiones, tres de planta semi-oblonga y una rectangular, y, posiblemente, un pequeño foso. El análisis de los datos LiDAR de la “muralla oeste” nos ha permitido corregir el trazado propuesto en 2018. Esta muralla cierra el acceso al poblado desde la cuerda caliza que une La Muela con el cercano cerro de Allaría. Su trazado original

se encuentra actualmente muy desvirtuado debido a su estado de ruina general, conservándose solo en algunos sectores varias hiladas del paramento exterior, que alcanzan 1,15 m de altura máxima. El trazado que proponemos está formado por dos tramos perpendiculares que se adaptan a la topografía del cerro. El primero, de 57 m de longitud, con dirección este-oeste, y el segundo, de 55 m, con dirección noroeste-sureste. A lo largo del trazado se disponen dos torres o baluartes. La “torre oeste”, de planta cuadrangular, se levanta sobre los escarpes del valle del Tajuña en el extremo oeste de la muralla. La “torre central” está situada en la confluencia de los dos tramos de muralla y presenta planta semi-oblonga.

El estudio de las estructuras documentadas en superficie, combinado con los materiales recogidos en los trabajos de prospección previos a la excavación, nos permitió identificar cuatro fases de ocupación antiguas y una última fase muy posterior, en la que se reaprovecharon los restos constructivos de las fases tres y cuatro⁴ (fig. 4):

- Fase 1: Bronce Final de filiación Cogotas I.
- Fase 2: Bronces locales, Transición Bronce Final-Hierro I y comienzos de la Primera Edad del Hierro.
- Fase 3: Cultura Celtibérica.
- Fase 4: Bajo Imperio Romano. Está representada por dos fragmentos muy rodados de *terra sigillata* hispánica tardía (TSHT) con decoración a molde de grandes ruedas propia de la segunda mitad del siglo IV d. C. y primera del V, y cerámica común, principalmente fragmentos de bordes de ollas de diversa tipología (Paz Peralta 2009: 512s). Completan el elenco de materiales muebles de esta fase varios restos de elementos constructivos, como *tegulae*, imbrices y losetas de pavimento, así como el citado fragmento de tambor de una pequeña columna (Bartolomé Bellón, 2018b: lám. 11 y 12). Las tres torres de planta semi-oblonga documentadas se adscriben a esta cuarta fase de ocupación (*Id.*, 2018b: 44s). Por tanto, nos encontraríamos ante un poblado o pequeño *castellum* fortificado de cierta entidad, que trataremos en trabajos posteriores.
- Fase 5: Edad Moderna o Contemporánea. Está vinculada con la construcción de una calera en época moderna o contemporánea edificada con sillares reutilizados, que ya se encontraba en estado de ruina a comienzos del siglo XX, según

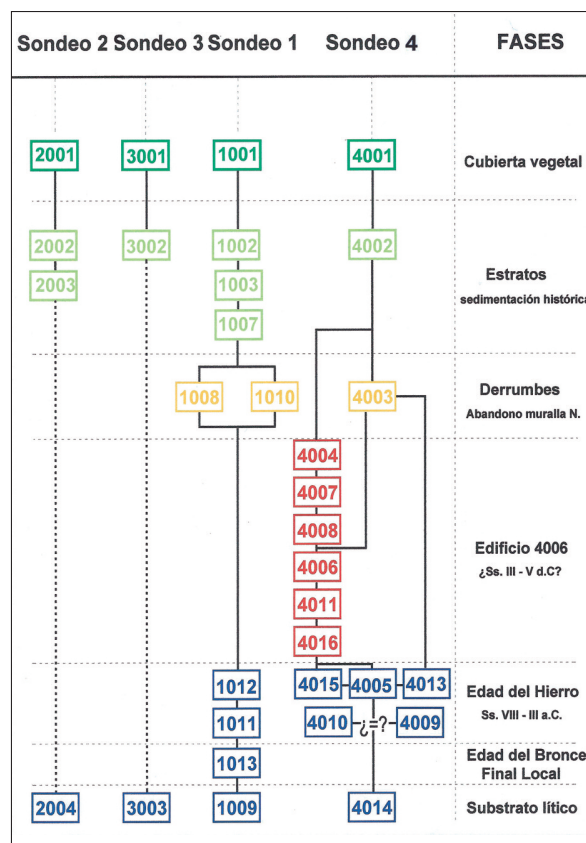


Figura 4. Matriz Harris de la estratigrafía de los Sondeos realizados en la campaña de 2018.

nos indicaron los vecinos del municipio de Torre-cuadrilla.

3. LA EXCAVACIÓN ARQUEOLÓGICA

A diferencia de las zonas media y baja de la cuenca del río Tajuña, bien conocidas a través de prospecciones intensivas (Almagro-Gorbea y Benito, 2007; Benito, 2015), la cuenca alta ha sido muy poco estudiada desde un punto de vista arqueológico. En el primer cuarto del siglo XX, Enrique de Aguilera y Gamboa, XVII Marqués de Cerralbo, financió una febril actividad arqueológica centrada en el territorio de la antigua diócesis de Sigüenza (Bartolomé Bellón, 2018a: 998). En el curso alto del Tajuña y en las parameras que constituyen el interfluvio con el río Dulce, Cerralbo obtuvo materiales de veintidós municipios, que comprenden algo menos de cincuenta yacimientos (Bartolomé Bellón, 2018b: 8). Sin embargo, tras su fallecimiento en 1922, los estudios arqueológicos

⁴ Las fases 1, 2 y 3 quedan solamente enunciadas debido a que vamos a analizar en profundidad en el epígrafe 5.

de la zona entraron en un profundo letargo. En las últimas décadas la investigación arqueológica se ha centrado, principalmente, en el estudio de la comarca de Molina de Aragón (García Huerta y Antona, 1992 y 1995; Cerdeño *et al.*, 1995; Crespo y Arenas, 1998; Arenas, 1999a y 2011), dejando en un plano muy secundario el centro y norte de la provincia de Guadalajara. Además, al tratarse de una región de carácter eminentemente rural, la arqueología de gestión apenas se ha visto obligada a intervenir más allá de la realización de las cartas arqueológicas municipales, de resultados muy variables. Todo esto ha provocado que el Alto Tajuña sea una zona muy poco conocida y, por ello, escasamente estudiada y citada incluso en las más prestigiosas publicaciones que abordan el primer milenio a. C. en el centro peninsular, principalmente en lo concerniente a los lugares de hábitat (Barroso, 2002a: 47; Lorrio, 2005; Gamo, 2018: 142).

Ante esta situación, y partiendo de la gran potencialidad y excepcionalidad detectada en el yacimiento de La Muela en relación con el conjunto de los conocidos en el Alto Tajuña –gran superficie, aparente buen estado de conservación y amplia secuencia de ocupación–, proyectamos realizar cuatro pequeños sondeos estratigráficos, descartando por el momento la realización de prospecciones geofísicas previas debido a la frondosidad de la vegetación, que hace inviable la aplicación de estas técnicas.

La intervención, dirigida por Pilar San Clemente, Rosa Serrano y uno de nosotros (GBB), consistió en la realización de cuatro sondeos estratigráficos en la plataforma superior del cerro de La Muela, con una superficie total excavada de 34 m² (fig. 3). Los sedimentos, una vez excavados, fueron cribados reco-

giéndose la totalidad de los restos muebles hallados.

Los sondeos 1 y 4 se ubicaron en el reborde septentrional de la plataforma superior de La Muela, junto al tramo norte de la muralla, separados por una distancia de 3,60 m (fig. 3). El objetivo principal del Sonda 1 era el estudio de esta muralla, a través de la realización de un corte perpendicular a la misma. El Sonda 4, por su parte, tenía por objetivo profundizar en el conocimiento de las fases constructivas de los diferentes elementos de la muralla Norte: el lienzo de ésta y la torre Noreste (fig. 6).

El Sonda 1 se trazó con unas dimensiones de 2 m de anchura (E-O) por 6 m de longitud (N-S) –(fig. 5). Su estratigrafía está condicionada por los restos constructivos de la muralla norte. Bajo el nivel vegetal, se suceden tres estratos sedimentarios de características similares a los identificados en los Sondas 2 y 3, pero de potencia notablemente mayor. En el extremo sur del sondeo se asientan sobre la roca caliza geológica, mientras que en la superficie restante cubren un nivel de piedras calizas de pequeño y mediano tamaño, que hemos vinculado con el derrumbe de la muralla (UE 1.008 y 1.010). Este derrumbe queda dividido en dos zonas diferentes por una hilera de grandes bloques irregulares y careados de caliza, que se ha identificado con el posible paramento interno de la muralla (UE 1.012). El derrumbe situado al sur del muro se asentaba sobre un estrato arcilloso de notable potencia, con abundantes restos de carbón, que no pudimos concluir de excavar. En él se localizaron los restos de una gran vasija de almacenaje fabricada a mano, adscribible al Bronce Final (fig. 8.13). Posiblemente se trate de un nivel de ocupación de este periodo parcialmente arrasado por la destrucción de la U.E. 1.012. Por su parte, el derrumbe situado al

norte del muro cubría un estrato ceniciento con abundantes restos óseos de fauna y cerámica a mano de la Primera Edad del Hierro (UE 1.011), vinculable, posiblemente, con un basurero de este periodo sobre el que se cimentó la muralla. En conjunto, en este sondeo se recogieron 4.109 fragmentos de cerámica, 28 escorias, 27 fragmentos de vidrio, 15 piezas líticas, 22 fragmentos metálicos, un resto de mineral de hierro y abundantes restos óseos de fauna.

Por lo que al Sonda 4 se refiere, tiene unas dimensiones de 2 m de anchura (E-O) por 5 m de longitud (N-S). Al igual que el anterior, presenta una estratigrafía compleja condicionada por los restos arquitectónicos de la “muralla Norte” y la torre Noreste que crean dos zonas diferenciadas (fig. 6):



Figura 5. Vista general del Sonda 1 desde el sur. En primer plano el substrato lítico (UE 1.009), en el centro de la imagen la UE 1.013 y en la parte superior el muro 1.012.



Figura 6. Sondeo 4: UE 4.006 (lienzo exterior de la Torre Noroeste), UE 4.005 (lienzo exterior de la Muralla Norte), UE 4.003 (derrumbre) y UE 4.010 (fotografía de G. Bartolomé).

- La Zona Exterior comprende el extremo septentrional del sondeo. Se encuentra delimitada por las estructuras UE 4.005 y UE 4.006, correspondiéndose con el terreno exterior a la muralla (fig. 6). En esta zona creemos haber reconocido dos fases de construcción diferentes. Una primera, y más antigua, asignable a la Primera Edad del Hierro, se correspondería con la construcción del muro UE 4.005. Conserva tres hiladas de mampuestos calizos careados hacia el exterior. Las dos inferiores probablemente cumpliesen la función de cimentación del muro. Esta estructura se ha identificado de forma hipotética con el extremo oriental del paramento exterior de la “muralla Norte”. Se asienta sobre el estrato UE 4.009, de características similares al estrato 1.011 del Sondeo 1. La segunda fase de construcción corresponde a la edificación del muro UE 4.006 (torre Noreste), del que se conservan cinco hiladas de mampuestos calizos careados hacia el exterior, con una altura máxima conservada de 75 cm. Este muro se apoya en el paramento exterior de la muralla al que nos hemos referido antes. Hemos detectado, además, una posible fosa de cimentación (UE 4.016) que corta el estrato 4.009 y alcanza el nivel calizo geológico.

Rellenando esta fosa, hay una primera unidad estratigráfica (UE 4.011) compuesta por tierra oscura, numerosos fragmentos de cerámica a mano y a torno celtibéricos y piedras calizas de pequeño tamaño. En esta UE localizamos tres fragmentos de vidrio romano pertenecientes a un mismo recipiente. El estrato 4011 está cubierto por las UU.EE. 4.008, 4.007 y 4.004 sucesivamente. Esta última la hemos identificado como la colmatación de la fosa de cimentación, correspondiéndose, quizá, con el nivel de uso tras la construcción del muro. La datación de esta estructura creemos que hay que vincularla con la fase romana de poblamiento de La Muela, cuando se adosan a la muralla celtibérica varias torres semi-oblongas (figs. 3, 4 y 6).

- La Zona Interior comprende la mayor parte del Sondeo 4. Bajo la cubierta vegetal y el estrato sedimentario superficial, documentamos un potente nivel de piedras de mediano y gran tamaño (UE. 4.003) que se extendía desde el límite meridional del sondeo hasta cubrir el muro 4.005 y parcialmente el 4.006. Entre las piedras se recogieron abundantes restos cerámicos de variada cronología, junto con pequeños fragmentos de vidrio, sílex y metal. Identificamos la

unidad estratigráfica con el derrumbe de los lienzos y el relleno interno de la muralla, mezclado con restos sedimentarios y constructivos arrastrados por fenómenos erosivos desde la plataforma superior del cerro. En el centro del sondeo, cubierto por la UE 4.003, se documentó un estrato ceniciento que presentaba abundantes restos de cerámica producida a mano, decorada mayoritariamente con grafito, y abundantes restos óseos de fauna (UE 4.010) (figs.: 10.1-2 y .23 y fig. 11.1 y .3). Este estrato es equivalente al 1.011 identificado en el Sondeo 1 bajo el derrumbe de la muralla. Al sur de este estrato, y a una cota algo superior, se identificó un enlosado de calizas que contenía un alineamiento de grandes mampuestos paralelos al muro 4.005 que no pudimos terminar de excavar. Creemos que es factible que esta estructura se corresponda con el paramento interior de la muralla.

En lo concerniente a los materiales hallados, se han documentado y recogido 1.802 fragmentos de cerámica, 2 escorias, 7 fragmentos de vidrio, pequeños restos calcinados de adobe, 12 piezas líticas, 9 fragmentos metálicos y numerosos restos óseos.

Los sondeos 2 y 3 han ofrecido resultados muy similares. Están ubicados en la parte central de La Muela, separados por 56 m de distancia. El primero de ellos se dispuso en una zona que destacaba por la altísima concentración de materiales arqueológicos documentados durante la prospección de 2016, que alcanzaba en algunos puntos los 9,7 fragmentos por metro cuadrado. Por su parte, el Sondeo 3 se ha realizado junto a la calera, en una zona con una escasa concentración de materiales. El objetivo principal de ambos era estudiar el estado de conservación del yacimiento y obtener una secuencia estratigráfica del mismo. La superficie de estos sondeos es de 6 m². Presentan una estratigrafía muy simple, compuesta por un nivel superficial vegetal, un estrato sedimentario de escasa potencia con materiales muy rodados y revueltos y un tercer nivel compuesto por el estrato geológico calizo. No se localizaron restos de estructuras, sí, en cambio, abundantes materiales. En el Sondeo 2 se recogieron 1.087 fragmentos de cerámica, 12 escorias, 2 fragmentos de vidrio, 2 pequeños fragmentos calcinados de adobe y abundantes fragmentos de huesos. Por su parte, en el Sondeo 3 se documentaron 77 fragmentos de cerámica, 3 piezas líticas y algunos restos óseos pertenecientes a fauna. Tras la excavación de ambos, podemos concluir que se trata de un área muy alterada por los movimientos de tierra orientados a la obtención de sillares y sillarejos para la producción de cal en época moderna o contemporánea. Está formada por depósitos sedi-

mentarios superficiales de formación reciente, que presentan intrusiones cerámicas revueltas asignables a las cinco fases identificadas en 2016.

4. LAS FASES DE OCUPACIÓN DEL BRONCE FINAL Y LA EDAD DEL HIERRO

Debido a su posición estratégica junto al Tajuña, y a las ventajas de una topografía que facilita enormemente la defensa de una comunidad humana protohistórica, La Muela de Torrecuadrada y Torrecuadrilla estuvo habitada durante buena parte del primer milenio a. C.:

Fase 1: Bronce Final de filiación Cogotas I. El volumen de materiales pertenecientes al Bronce Final-Cogotas I recuperados permite pensar en la existencia de un establecimiento de este grupo arqueológico. Queda pendiente para futuros trabajos intentar concretar su entidad y superficie. En el tramo bajo del Tajuña conocemos seis poblados de este signo cultural, todos ellos ubicados en terrazas bajas (Benito, 2015: 274, tabla IV.31) pero, en los tramos medio y alto, éste de La Muela es el primero que se documenta. Hay que resaltar su situación sobre un destacado promontorio con amplia visibilidad del entorno, lo cual contrasta con aquellos otros, situados en terrazas medias y bajas. Establecer si existió alguna relación entre aquéllos y éste, en el sentido de que La Muela pudiera ser un poblado estival vinculado al aprovechamiento de pastos frescos y, por tanto, relacionado con movimientos ganaderos trasterminantes, es de todo punto imposible de aclarar por el momento y aquí sólo podemos plantear esta posibilidad como hipótesis habida cuenta de las prácticas agropecuarias de los grupos de Cogotas I.

La cerámica es el único resto arqueológico documentado en esta fase (figs. 5 y 6). En la prospección arqueológica de 2016 se recogieron veinte fragmentos, en su mayoría pertenecientes a recipientes de tamaño pequeño y mediano, con coloraciones predominantemente ocre y cenicientas, y superficies alisadas decoradas en unos casos con boquique y en otros con incisiones, excisiones y digitaciones conformando motivos ornamentales vinculados con la referida cultura arqueológica centropeninsular y, además, típicos de su área nuclear (Delibes *et al*, 1990; Blasco, 1997; Barroso, 2002a: 105-119, figs. 21-26; Abarquero, 2005; Blanco García *et al*, 2007). Debido al pequeño tamaño de los fragmentos, sólo hemos podido identificar dos formas, si bien son muy clásicas en conjuntos de la *plenitud* de Cogotas I: una fuente o

cazuela de marcada carena con el fondo casi plano y el borde vuelto al exterior (fig. 7.10) y un pequeño cuenco de suave carena redondeada (fig. 7.12). El resto de fragmentos, bien son galbos pertenecientes a formas troncocónicas o globulares, bien son bordes de recipientes de tamaños medianos para el almacenaje (fig. 7.14 y 15).

Fase 2: Bronces locales, Transición Bronce Final-Hierro I y comienzos de la Primera Edad del Hierro. Aparentemente sin solución de continuidad, este periodo, que cubre varios siglos, se enmarca dentro de los horizontes culturales identificados en las cuencas altas del Henares, Tajuña y Tajo: *Pico de Buitre* (Valiente, 1984; Valiente *et al*, 1986; Crespo,

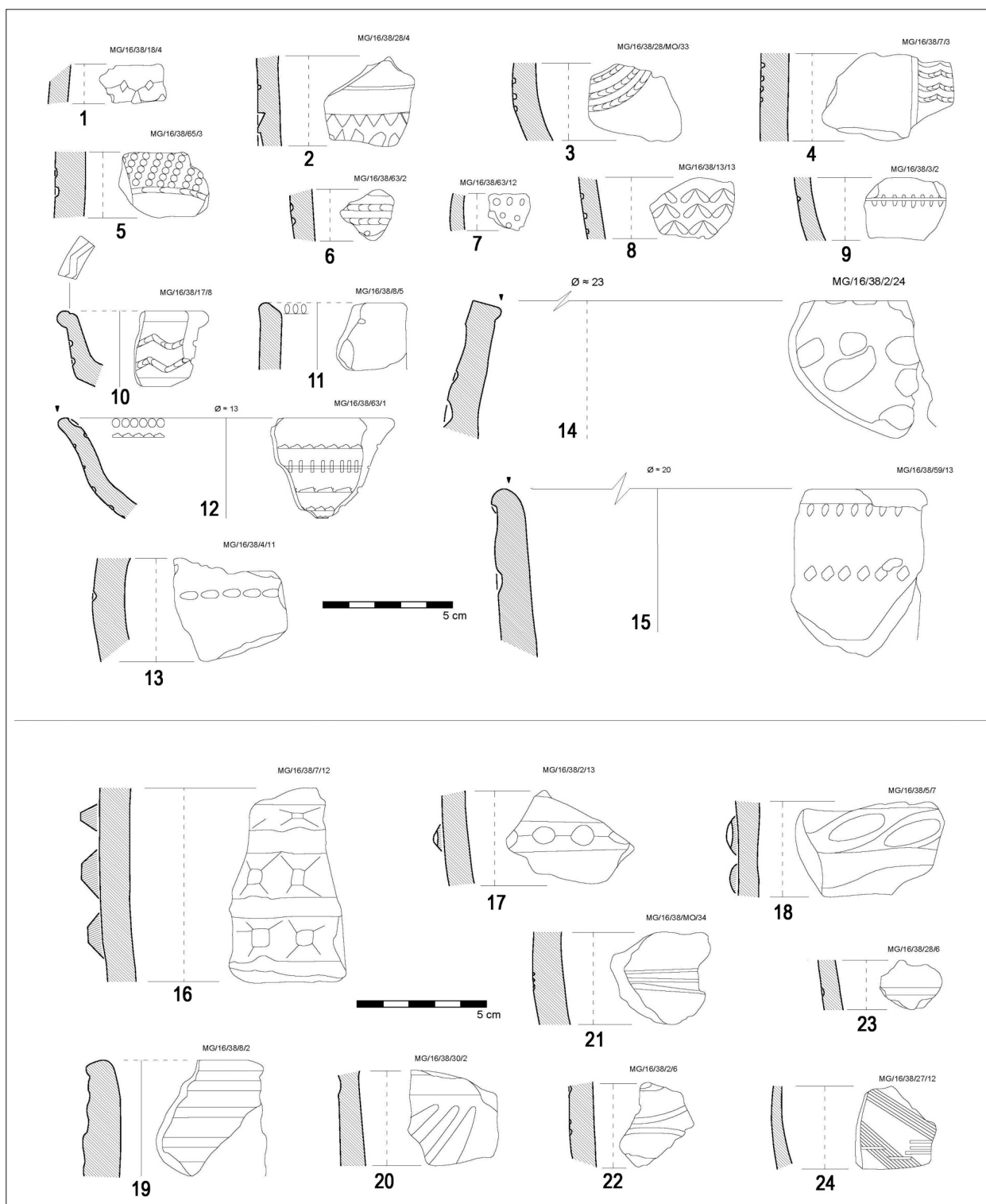


Figura 7. Materiales cerámicos del Bronce Final recogidos en prospección (dibujos de G. Bartolomé).

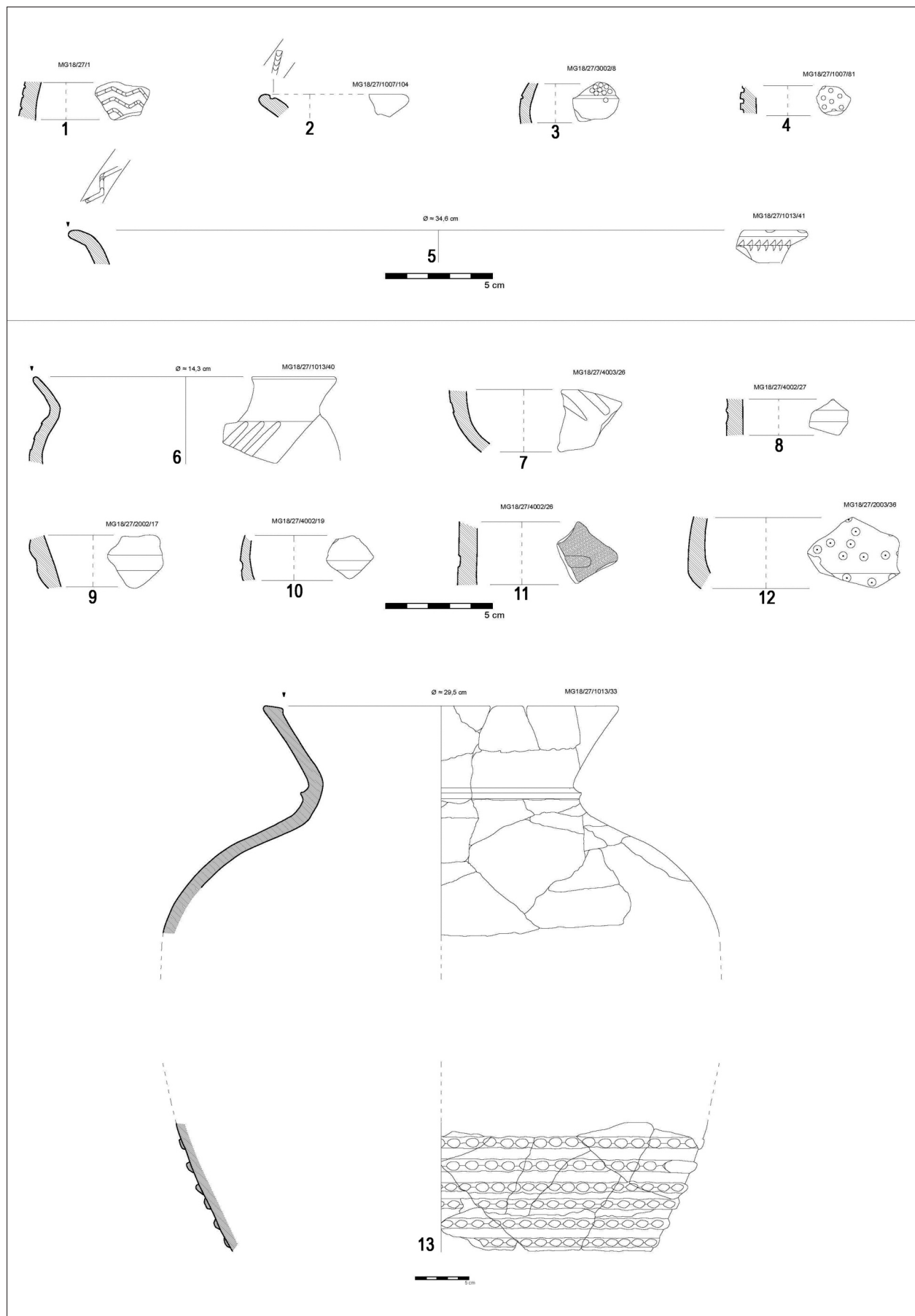


Figura 8. Materiales cerámicos del Bronce Final recogidos en excavación (dibujos de C. Bellón y G. Bartolomé)

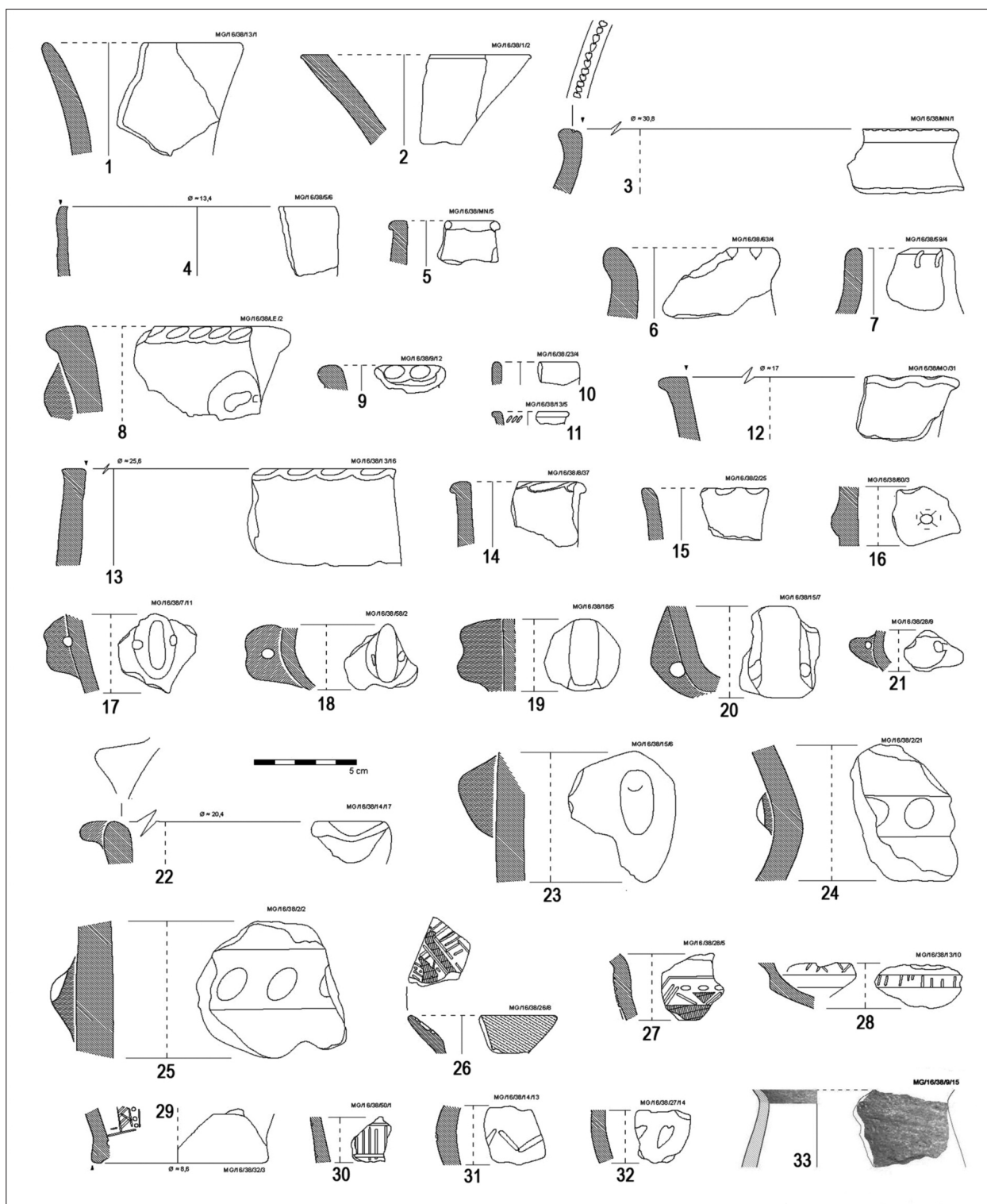


Figura 9. Materiales cerámicos de finales del Bronce Final y el Hierro I recogidos en prospección (dibujos de G. Bartolomé)

1992), la discutida *facies Riosalido* (Valiente, 1999), considerada protoceltibérica por algún autor, así como del *horizonte Fuente Estaca* (Martínez y Arenas, 1988; Martínez, 1992), centrado este último en las cabeceras de los ríos Piedra y Mesa, tributarios ya del Ebro, y que constituye la proyección de

grupos Campos de Urnas hacia las tierras altas de la comarca de Molina de Aragón. Las cerámicas de esta fase son muy diversas morfológicamente, por lo general pertenecientes a vasos de tamaños pequeño y mediano en los que imperan los cuencos troncocónicos y hemisféricos —a veces con orejetas perfo-

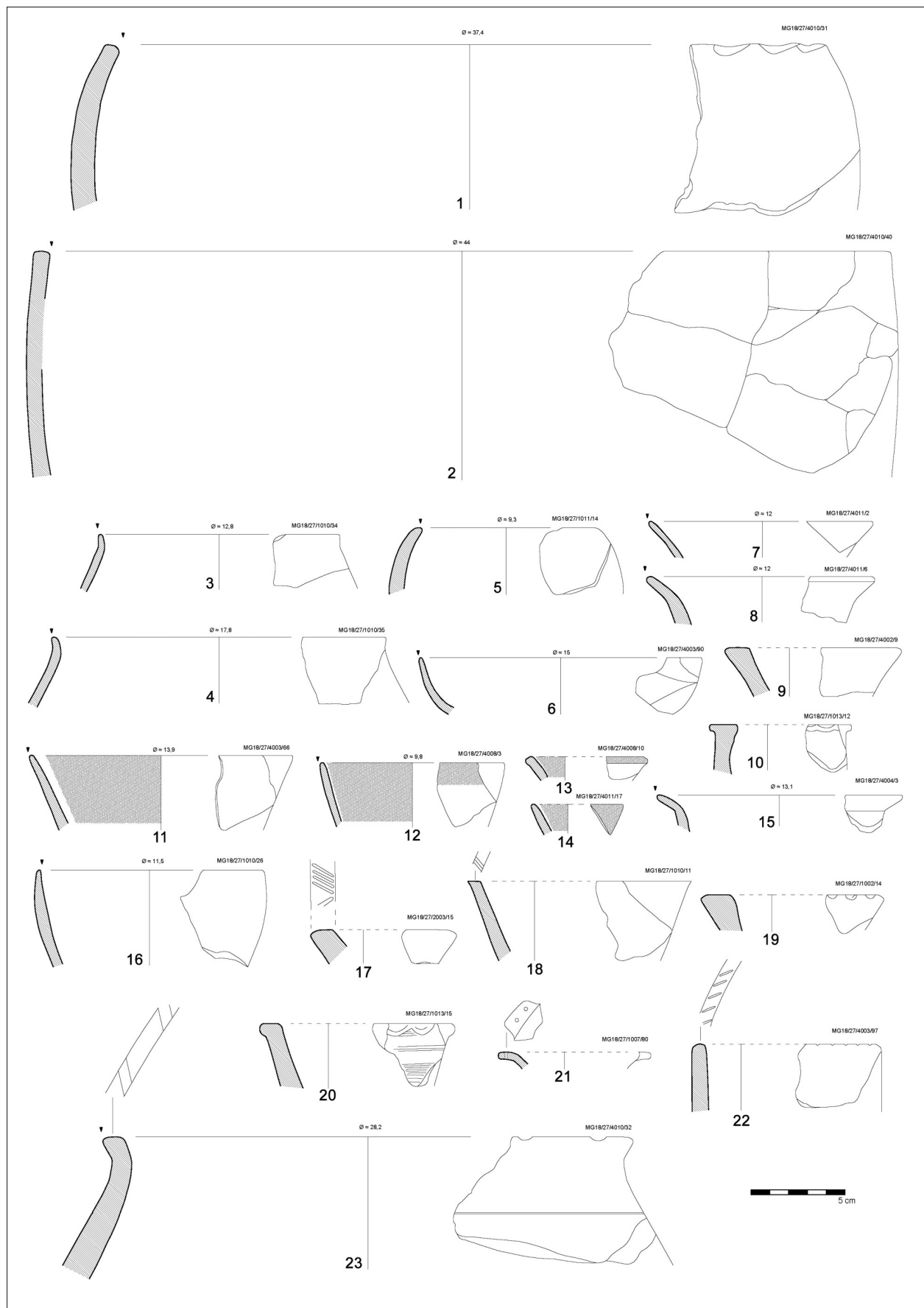


Figura 10. Materiales cerámicos de finales del Bronce Final y del Hierro I recogidos en excavación (dibujos de C. Bellón y G. Bartolomé)

radas en horizontal (fig. 9.17, .18, .20, .21 y fig. 11.8 y .10) –, los carenados, las ollas troncocónicas o de paredes rectas (fig. 9.4-7) y algún plato. Muchos de los fragmentos muestran decoraciones de gran interés para identificar influencias de determinados círculos culturales. Así, varios de ellos presentan decoraciones incisas y excisas típicas del círculo Redal/Cortes de Navarra (fig. 9.26, .27, .29), lo cual no es raro en esta zona (Blanco García, 2016); otros fueron engalanados con anchas acanaladuras propias del horizonte Fuente Estaca I y el mundo de Campos de Urnas (fig. 7.19 y .20 y fig. 8.6-10); en algunos se conservan baños de grafito, tan característicos y habituales en toda esta zona del Alto Tajo; fragmentos con cordones aplicados que han sido decorados mediante impresión digitada o de instrumento para, en este caso, crear resaltes prismáticos (fig. 7.16), con excelentes paralelos en el propio valle del Tajuña (Benito, 2015: 318, fig. IV.38, 19); y ya, de manera testimonial, vemos engobes o pinturas rojas, ciertamente escasas a oriente del Henares medio.

En el yacimiento se han recuperado indiscutibles evidencias vinculadas, por un lado, con el foco cultural de Fuente Estaca/Herrerías –con fuertes influencias de Campos de Urnas del valle del Ebro–, por otro, con los denominados “poblados de ribera” de la cuenca del Henares, así como con la *facies Riosalido*, no faltando ni siquiera las imitaciones locales de cerámica de tipo Redal/Cortes de Navarra, presentes cada vez en más yacimientos del tercio norte de la Submeseta sur. Los fragmentos de cerámica de tipo Fuente Estaca I son tan característicos como inconfundibles, siendo varios los galbos con decoración de acanaladuras en diagonal típicas de este horizonte. Uno de los fragmentos más destacados pertenece a un pequeño vaso bitroncocónico de borde acampanado y superficies muy bruñidas cuyo hombro presenta, igualmente, una decoración de anchas acanaladuras paralelas en diagonal (fig. 8.6). Cuenta con excelentes paralelos tanto en el propio poblado de Fuente Estaca (Arenas, 1999a: 94s, fig. 68) como en la necrópolis de Herrería II (Cerdeño y Sagardoy, 2016: 206). Y no menos significativa es la gran vasija de almacenamiento de cuerpo globular y decoración de cordones aplicados recorridos por impresiones (fig. 8.13) de los que encontramos buenos referentes en el Sector II de La Torre de Codes (Arenas, 1999a: fig. 65) y en el propio asentamiento de Fuente Estaca. Su borde, de sección triangular apuntada al exterior, es muy característico de este tipo de vasijas pertenecientes al horizonte Fuente Estaca (Arenas, 1999a: fig. 111, arriba). Lo más importante es que tanto estos dos

vasos como los demás fragmentos demuestran la proyección del referido horizonte hacia el Alto Tajuña, algo que hasta ahora se desconocía. Atendiendo a que estas cerámicas de la fase I de Fuente Estaca se datan, en fechas calibradas, entre finales del siglo X a. C. y mediados/finales del VIII a. C. (Barroso, 2012: 41; Cerdeño y Sagardoy, 2016: 211ss), es probable que en La Muela coexistieran en parte con las de Cogotas I ya vistas.

Más abundantes son los materiales cerámicos del Hierro I, en los que las producciones finas son predominantemente lisas, de superficies bruñidas y formas sencillas, en muchos casos carenadas, y las comunes habitualmente decoradas con impresiones de dedos y uñas en los bordes, así como en los hombros. Tomados en conjunto, los fragmentos recuperados tanto en prospección como en excavación la mayor parte de ellos son de tamaño pequeño y mediano, lo cual no impide obtener el repertorio básico de las formas que predominan en La Muela (figs. 9 y 10). De este modo, podemos decir que imperan los cuencos troncocónicos y derivados de la esfera, con y sin elementos de prensión; los vasos de paredes verticales o suavemente invasadas generalmente con los labios decorados mediante impresiones de dedos (fig. 9.3, .6-9, etc.), instrumento recto (fig. 10.17 y .22); y los grandes recipientes para almacenar provisiones (fig. 10.1, .2 y .23). Un repertorio, en general, bastante habitual en este tipo de yacimientos del Alto Tajo, que se corresponde con el catálogo de recursos decorativos que conviene explicar por las deducciones crono-culturales que nos permiten hacer.

En primer lugar, hemos de señalar que los acabados al grafito son numerosos, habiéndose documentado durante la campaña de 2018 un total de 99 fragmentos, a los que hay que añadir los seis recogidos durante la prospección de 2016 (fig. 9.33 y fig. 10.11-14). Un ejemplo ilustrativo de la importancia de esta decoración en el yacimiento de La Muela lo representa el registro de la UE 4.010. Se trata, como hemos indicado más arriba, de una UE compuesta por materiales de desecho adscribibles al inicio de la Primera Edad del Hierro. En ella se recogieron un total de 145 fragmentos de cerámica, de los cuales 16 presentan acabados grafitados. Porcentualmente corresponden al once por ciento del total y al 84 por ciento de los fragmentos decorados. Al igual que sucede en el caso concreto que acabamos de explicar, el grafitado es la decoración más característica y frecuente del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro de la región, estando presente en la práctica totalidad de los yacimientos de este periodo (Barroso, 2002b: 132 y 137; Bartolomé Bellón,

2018b: 54ss). Aparece en porcentajes muy similares a los citados para el caso de la UE 4.010 de La Muela, que muy raramente superan el 16 por ciento del total de las cerámicas (Barroso, 2002b: 134). Su cronología es relativamente amplia. En la zona alcarreña y el Alto Tajo, estas cerámicas suelen documentarse en momentos antiguos del Bronce Final, perdurando durante la transición al Hierro I y durante los primeros siglos de este periodo. Por tanto, aparecen en el entorno del Alto Tajuña en un momento indeterminado próximo al siglo X cal. a.C., tendiendo a desaparecer a finales del siglo VII o principios del siglo VI cal. a.C. (Bartolomé Bellón, 2018b: 57). Ejemplos de esta perduración durante los primeros compases del Hierro I los encontramos en yacimientos tales como El Turmielo, en su fase II, perteneciente ya al Celtibérico Antiguo (Arenas y Martínez, 1993-95: 112; Arenas, 1999a: 63 y 228, figs. 45, 46, y 159) y El Ceremeño I, donde están en uso a finales del siglo VII y a principios del siguiente, en fechas calibradas (Cerdeño, Pérez y Cabanes, 1993-95: 74ss; Cerdeño y Juez, 2002: 69 y Anexo II, de Vega Toscano; Barroso, 2002b: 133).

Si no nos ha sorprendido la presencia en La Muela de fragmentos grafitados, tampoco aquellos que presentan decoración incisa y excisa del tipo

tradicionalmente conocido como Redal/Cortes de Navarra (Álvarez Clavijo y Pérez Arrondo, 1987). Bien es cierto que no son muchos y, además, de tamaño pequeño, pero su identificación como tales resulta inequívoca (fig. 9.26 y 9.27). Pertenecen a vasitos carenados en cuyos hombros se desarrollan frisos realizados con las referidas técnicas decorativas y en algún caso fragmentos de platos con la decoración dispuesta en la superficie interior, también en frisos. Este es el caso del fragmento que recogemos en nuestra fig. 9, nº 26, que presenta una abigarrada decoración geométrica incisa en su superficie interna. La cerámica de tipo Redal/Cortes de Navarra llegó al Alto y Medio Tajo desde el Ebro Medio a través del río Jalón, por dos vías diferentes, la del valle del Henares y la del Piedra-Mesa, esta última responsable de la formación del núcleo molinés (Blanco García, 2016). Sin embargo, considerando la cercanía del nacimiento del río Jalón con la cuenca alta del Tajuña, apenas un par de km, las evidencias materiales halladas en La Muela podrían señalar al Tajuña como una posible tercera vía de llegada, bien de las influencias de tipo Redal, o bien de los propios vasos. En el núcleo navarro-riojano estas cerámicas se vienen fechando, en cronología tradicional, a partir de mediados del siglo VIII a. C.

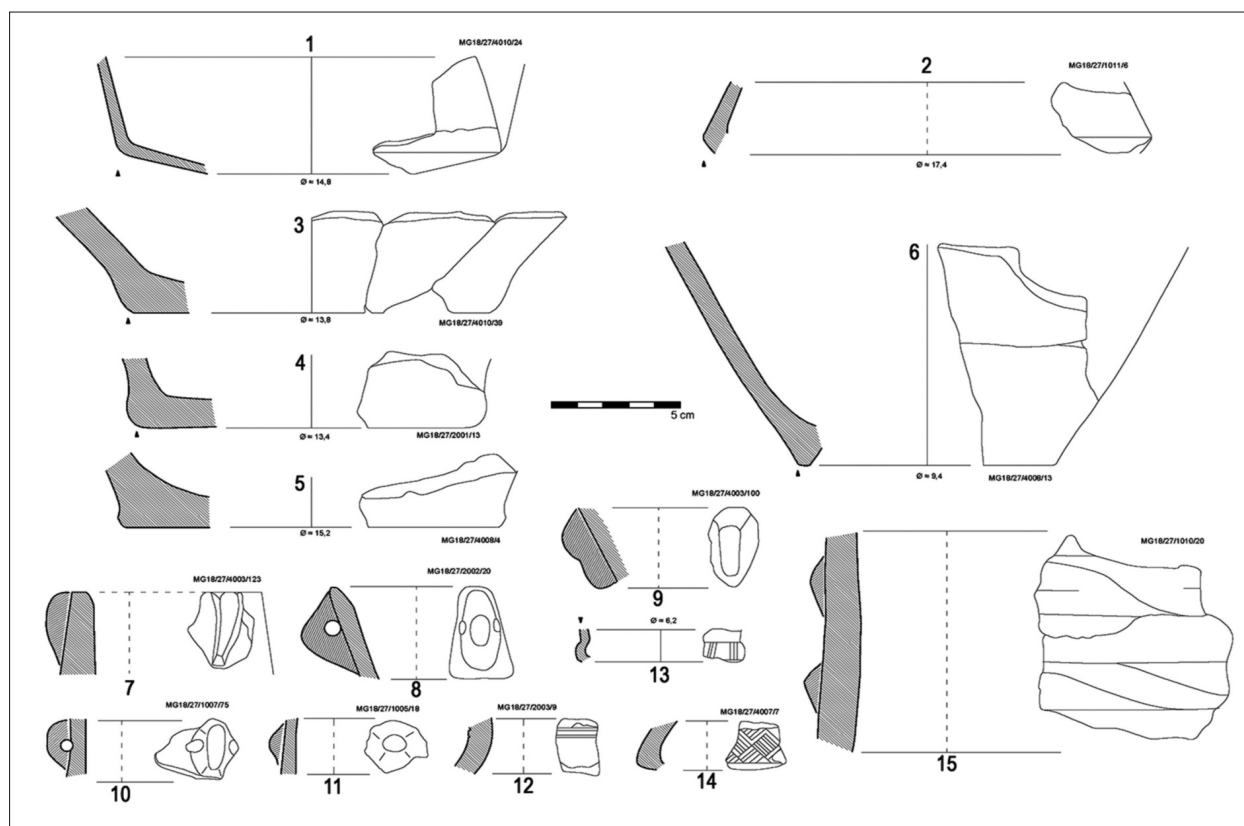


Figura 11. Materiales cerámicos de finales del Bronce Final y el Hierro I recogidos en excavación (dibujos de C. Bellón y G. Bartolomé).

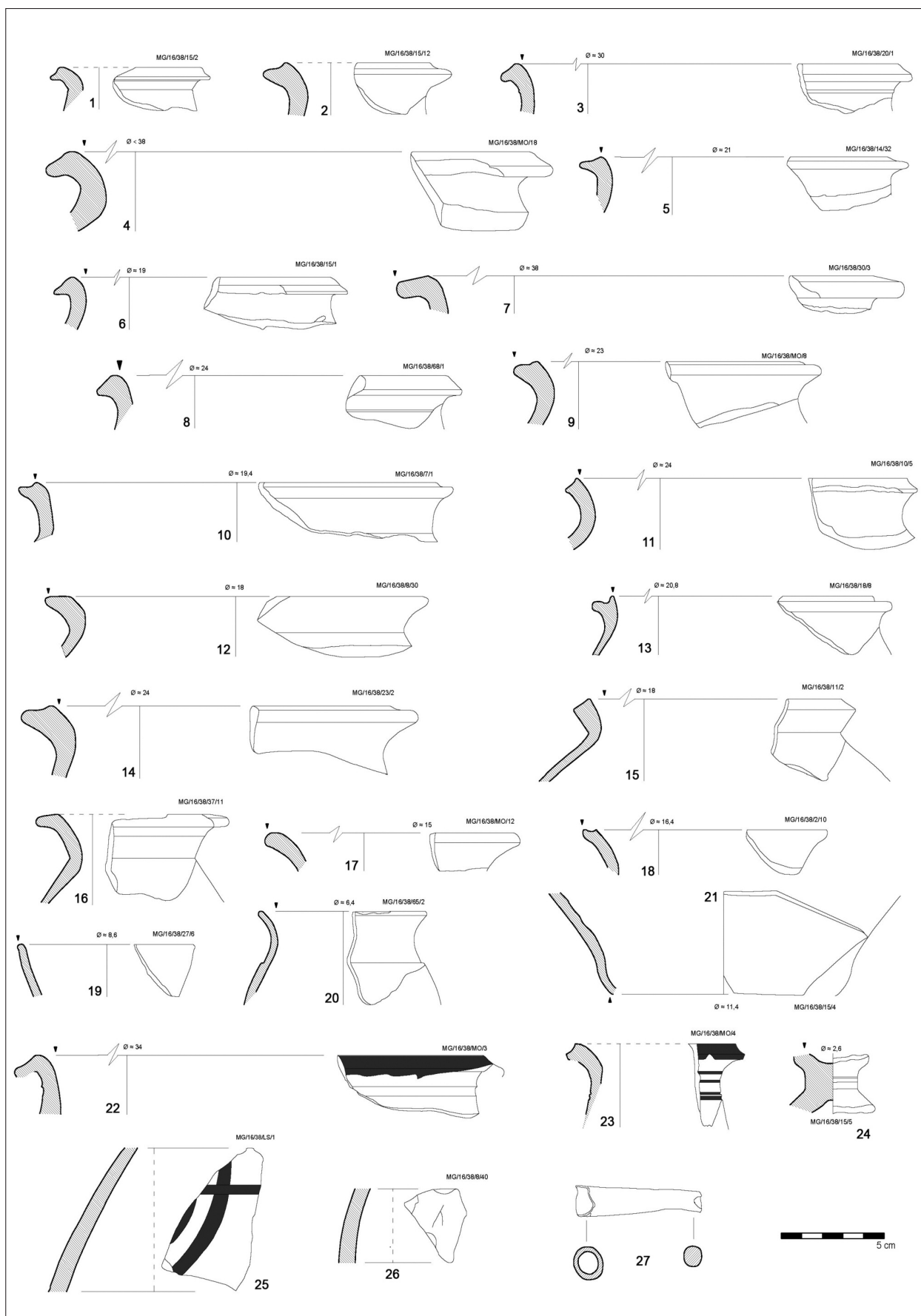


Figura 12. Materiales cerámicos celtibéricos a torno y metales recogidos en prospección (dibujos de G. Bartolomé).

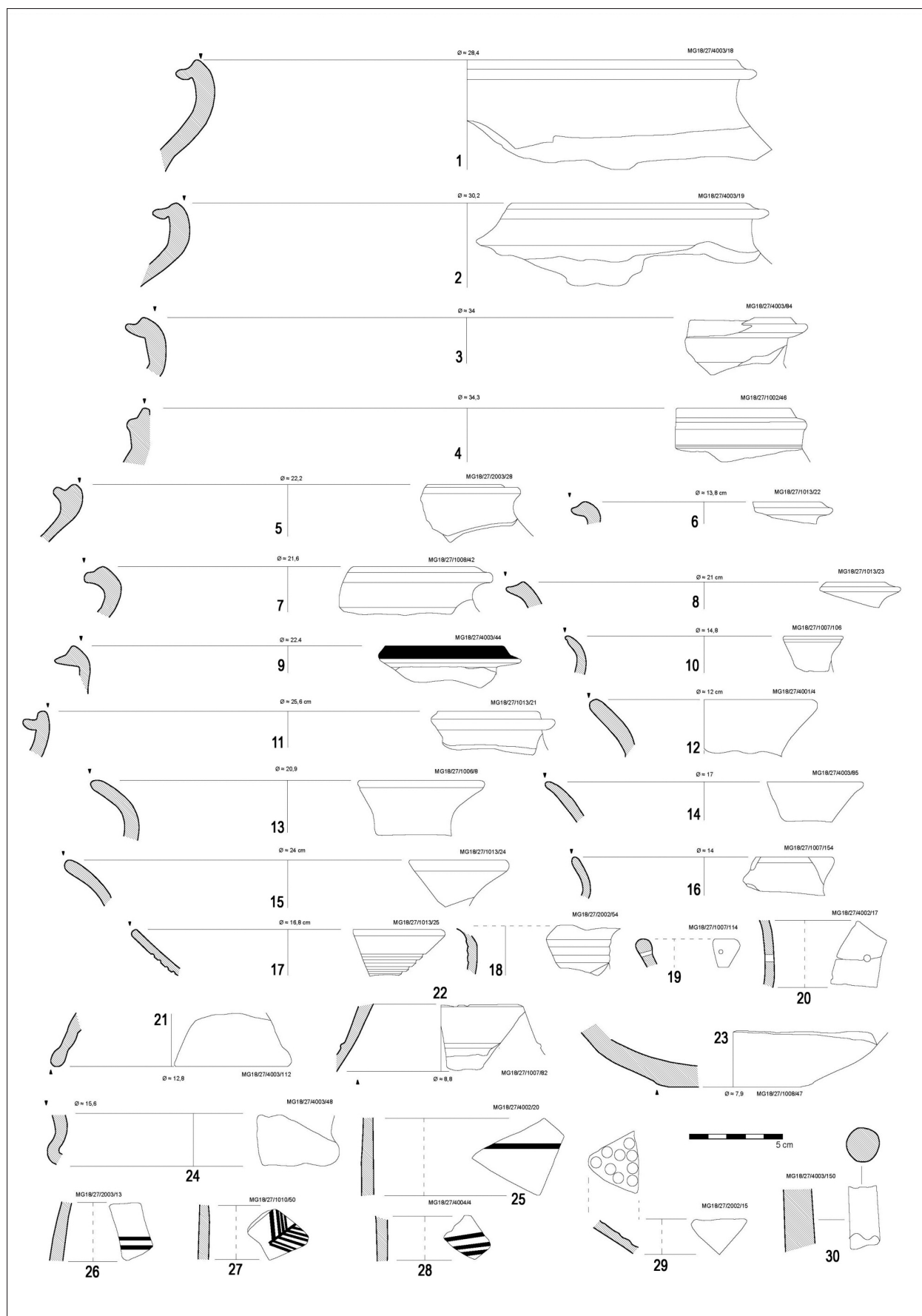


Figura 13. Materiales cerámicos celtibéricos a torno recogidos en excavación (dibujos de C. Bellón y G. Bartolomé).

(Álvarez Clavijo y Pérez Arrondo, 1987: 120), pero en esta zona del Alto Tajo no son anteriores a la primera mitad del siglo VII a.C., momento en el que empiezan a aparecer en poblados del valle del Jalón. En el horizonte Fuente Estaca II estas cerámicas de tipo Redal/Cortes son bastante habituales, lo que puede significar que se mantuvieron vivas las relaciones culturales entre los poblados del extremo oriental de Guadalajara y el nuestro del Alto Tajuña.

Por otra parte, los fragmentos de cerámica del Hierro I decorada con pintura roja postcocción cubriente son puramente testimoniales en La Muela, lo cual no sorprende habida cuenta que desde las cuencas medias de los ríos Henares y Tajuña hacia oriente se rarifican en extremo. Cronológicamente, en la zona de Madrid y Toledo estas decoraciones son de amplia proyección temporal, ya que se están fabricando desde la transición BF-HI hasta comienzos de la Segunda Edad del Hierro (Blanco García, 2012: 309-310). A esta zona septentrional de la Submeseta sur llegó la moda de las pinturas rojas desde poblados de la Oretania septentrional, que ya empezaron a destacar durante el Hierro Antiguo, tales como Alarcos o el Cerro de las Cabezas (Ciudad Real), receptores, a su vez, del importante foco de *Castulo*, donde los fragmentos cerámicos con tales pinturas rojas son muy corrientes, sobre todo en los siglos VII y comienzos del VI a. C. (Blázquez *et al.*, 1985: 75; Fernández Rodríguez, 2012), aunque los primeros testimonios hemos de llevarlos al siglo VIII (Blanco García, 2019).

Fase 3: Cultura Celtibérica. Considerando los tipos de cerámica celtibérica a torno más antiguos, asignables al periodo *Celtibérico Antiguo*, de nuevo parece existir continuidad entre la fase anterior y esta otra. La más habitual y de fácil identificación es la cerámica fina de pastas anaranjadas, grises y, en algún caso, blanquecinas, con bordes exvasados de sección con forma de “cabeza de ánade”, de vasijas globulares y bitroncocónicas (fig. 12.1-14, .18, .22 y .23; fig. 13.1-9 y .11). En general, presentan superficies muy deterioradas e importantes concreciones calcáreas y de tierra. A pesar de ello, algunos fragmentos conservan restos de las pinturas rojas y negras con las que estuvieron decorados, dispuestas en líneas, bandas, semicírculos concéntricos y, en un caso, formando una especie de ramiforme, que parece corresponder a cronologías tardías (fig.13.27).

Desde el punto de vista tipológico, y como viene siendo habitual en los yacimientos celtibéricos de la zona, imperan los bordes tanto de pequeñas tinajas como de vasos de almacenamiento de tipo *dolium*, en los que la sección es mayoritariamente de “cabeza

de ánade”. Considerando que se trata de bordes y cuellos muy angulosos y cortos en su mayoría –preparados para ser tapados con un trozo de cuero o de tela atado al cuello con una cuerda–, se puede decir que apuntan hacia cronologías de cierta antigüedad dentro de este Hierro II, a la segunda mitad del siglo V a. C., así como al siglo siguiente. Aunque pocos, algunos de ellos parecen ser de importación levantina y pertenecer al horizonte alfarero paleoibérico que tan bien se encuentra representado en numerosos poblados celtibéricos antiguos de Guadalajara (Arenas, 1999b: 203s, fig. 5, zona superior).

Es de notar, por otra parte, cómo cuando han quedado restos de pintura roja o negra ésta generalmente se dispone formando una banda a lo largo de la pestaña externa del borde, a lo largo del cuello externo o en varias líneas paralelas en esta misma zona, todo ello muy característico de producciones celtibéricas antiguas y plenas. Este tipo de recipientes son por lo general de cuerpo globular, piriforme o bitroncocónico, y suelen tener la base umbilicada (fig. 12.21; fig. 13.24).

Además de ellos, se han recuperado otras formas más minoritarias. Los cuencos, por ejemplo, aun no siendo muy numerosos sí responden a tipos habituales en los repertorios celtibéricos, ya que están presentes tanto los hemisféricos como los troncocónicos, estos últimos a veces decorados con molduras múltiples en la superficie externa (fig. 13.17) o con impresiones (fig. 13.29) y en algún caso han conservado junto al borde la perforación que servía para ser suspendidos de una cuerda (fig. 13.19). También se han documentado platos, copas con pie realzado o peana y pomos de tapadera (fig. 12.24; fig. 13.21 y .22).

Además de la cerámica, a esta misma fase celtibérica pertenecen algunos fragmentos de molino de piedra y la mayor parte de los metales localizados en la prospección de 2016 y en la campaña de 2018, en los sondeos 1 y 4 (fig. 14). Durante aquéllas se recogió un pequeño regatón de hierro (fig. 12.27) y en las excavaciones se recuperó una aguja decorada con zigzag troquelado (fig. 14.1), un anillo de bronce (fig. 14.2), dos fragmentos de pulseras de bronce (fig. 14.3 y .7), una presilla y un gancho del mismo material (fig. 14.5 y .8), una pequeña lámina de hierro (fig. 14.4) y un pequeño cuchillo también de este metal (fig. 14.6).

Como hemos indicado al explicar la excavación arqueológica de 2018, los sondeos 1 y 4 nos permitieron estudiar los sistemas defensivos de la ladera norte del yacimiento. A falta de futuras intervenciones que permitan concluir la excavación de estas

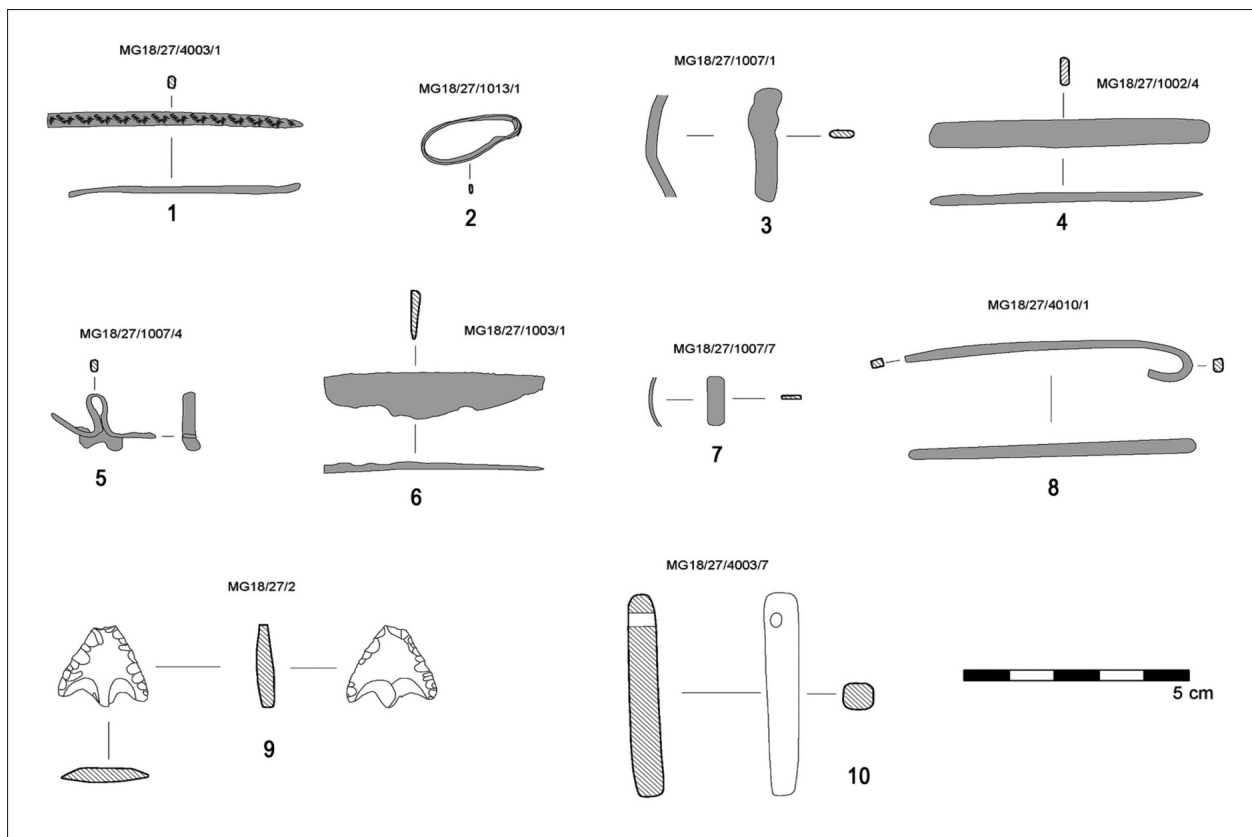


Figura 14. Materiales metálicos y líticos de diversa cronología recogidos en excavación (dibujos de C. Bellón y G. Bartolomé).

estructuras, los datos preliminares nos conducen a proponer la existencia de una muralla construida en un momento aún poco preciso de finales de la Primera Edad del Hierro. Constaría de dos paramentos rellenos de calizas y sedimentos procedentes de un nivel de ocupación previo, con una anchura total algo inferior a los 3 m. El paramento exterior presentaría una mayor altura al estar cimentado en una cota más baja. El arrasamiento que presentan los paramentos en ambos sondeos no permite conocer con precisión sus características constructivas. Sin embargo, el estudio de los restos superficiales conservados en el tramo oeste de la muralla, así como los derrumbes existentes al norte de los sondeos 1 y 4, parecen apuntar a muros de sillarejos careados de mediano tamaño con presencia, en los puntos más sensibles, de grandes sillarejos que en ningún caso alcanzan el metro de longitud. Se trata, por tanto, de murallas que presentan características constructivas similares a las documentadas en poblados cercanos como Los Castillejos de Canredondo, y en otros más alejados de nuestra zona de estudio, pero mejor conocidos, tales como El Molón y, en menor medida, El Ceremeño (Lorrio, 2007; Cerdeño y Juez, 2002).

5. CONCLUSIONES

Desde hace años se viene destacando la escasez de poblados de la época de plenitud de Cogotas I en la provincia de Guadalajara, poco más de media docena, así como el carácter de establecimientos en altura que tienen en su mayor parte (Crespo y Arenas, 1998: 51s, fig. 2 A; Barroso, 2002a: 85ss, fig. 15; Abarquero, 2005: 84). La Muela viene a aumentar tan exigua nómina, pero más allá de esto lo desconocemos casi todo: la extensión que pudo haber alcanzado la comunidad aquí establecida, el número y características físicas de las cabañas existentes, la continuidad del poblamiento, su perfil económico, etc. Esto se debe a que la totalidad de los materiales hallados durante la excavación que pueden adscribirse a este periodo proceden de estratos sedimentarios naturales formados por materiales de revuelto vinculables a las cinco fases de ocupación del yacimiento. En cualquier caso, la dispersión que se ha constatado durante la prospección de 2016 y los sondeos de 2018 permiten proponer un poblado de medianas dimensiones que, bien de forma diacrónica o sincrónica, se asentaría en la mayor parte de la plataforma superior de La Muela, ocupando una superficie que oscilaría entre las 2 y las 4 ha.

Aunque el núcleo principal de los llamados *poblados de ribera del horizonte Pico Buitre* se sitúe en el valle del Henares, desde hace años algunos autores vienen insistiendo en que no se restringe exclusivamente a esa zona, sino que existe una proyección del mismo hacia oriente, en entornos medioambientales similares (p. ej., Crespo y Arenas, 1998: 55). El poblado de La Muela viene a reforzar esta idea al haber proporcionado materiales cerámicos muy en sintonía con los propios de ese horizonte del Bronce Final local y su transición al Hierro, pero el marco natural no es el propiamente ribereño, sino en altura, quizá porque tuvo un sentido más estratégico, vinculado con el control de la vía del Tajuña.

En el mapa de distribución de los poblados asignables a la *facies Riosalido* (Crespo y Arenas, 1998: 59ss, fig. 2 C; Valiente, 1999), el de La Muela no desentona en absoluto, ya que, por un lado, en un radio de 20 km se tienen constatados varios, y por otro, se conocen tanto en llanura (v.g. El Pinar de Chera) como en lugares elevados (El Cerro Almudejo en Sotodosos). De nuevo debemos apelar a su condición estratégica en un marco de relaciones que discurren a lo largo de las cuencas fluviales para explicar que siguiera estando ocupado en esta fase antigua del Hierro I.

Como hemos señalado, esta ocupación presenta continuidad durante los siglos finales de la Primera Edad del Hierro y durante la Segunda Edad del Hierro, hasta, al menos, el siglo III a. C. A falta de futuras intervenciones que permitan concretar con mayor precisión el momento de construcción de los dos tramos amurallados que cierran el acceso a La Muela, los trabajos arqueológicos de 2018 parecen indicar que ésta se produjo en un momento indeterminado de la Primera Edad del Hierro. Estas estructuras defensivas cierran un espacio intramuros que oscila entre las 3,67 y las 4,38 ha, convirtiendo el poblado celtibérico de La Muela en el más extenso del Alto Tajuña durante la Primera Edad del Hierro, periodo en el que los hábitats de estas comunidades superan muy raramente la hectárea (Arenas, 2011: 138). Durante el Hierro II, y a partir del siglo IV a.C. principalmente, comienzan a surgir en las cabeceras de los ríos Tajuña, Henares y Tajo, de forma paralela a otras regiones circundantes como el Ebro Medio, el Alto Duero o las Tierras Altas de Soria (Burillo, 2011; Licerias, 2017: 140ss; Alfaro, 2018), pequeños núcleos urbanos que progresivamente jerarquizan el poblamiento en torno a ellos. El cambio en la organización territorial, que corre parejo a profundos cambios sociales e ideológicos (Arenas, 2011), desembocará en el surgimiento de un sistema basado

en pequeñas “ciudades estado” de carácter eminentemente rural (Burillo, 2011: 284). Estas transformaciones se reflejarán en esta región en la fundación de enclaves urbanos tales como El Losar de El Atance, en el Alto Henares, Los Rodiles de Cubillejo de la Sierra, en el río Piedra, La Cava de Luzón y El Castejón de Luzaga, en el Alto Tajuña (Gamo, 2018: 127ss; Arenas, 2017: 35ss). El estado incipiente de los estudios de poblamiento de la Segunda Edad del Hierro en el Alto Tajuña y la falta de precisión sobre el momento de abandono del yacimiento de La Muela nos impiden discernir con claridad el papel que tendría este enclave en el naciente sistema de *oppida* de la región. En cualquier caso, sus amplias dimensiones ponen de relieve que seguiría jugando un papel importante en el territorio, bien como centro articulador del mismo, o como poblado dependiente de otro centro regional. En un trabajo previo, propusimos como hipótesis para explicar la importancia de La Muela durante la Primera Edad del Hierro, su papel en el control de la explotación de los afloramientos superficiales de conglomerados y costras férricas del Mioceno localizadas en el tramo más meridional del Alto Tajuña (Bartolomé Bellón, San Clemente y Serrano, e. p.). Por último, queremos señalar que la posición estratégica de La Muela junto al río Tajuña debe también contribuir a explicar la continuidad de su ocupación y su relativa gran superficie durante la primera y la segunda Edad del Hierro. De acuerdo con esto, debemos concebir el valle del Tajuña y las parameas que lo circundan como una de las principales vías de comunicación entre la cuenca del Tajo y el Ebro Medio, antes de la consolidación de la vía romana *Emerita-Caesaraugusta*, que la mayor parte de los autores sitúan más al norte (Caballero, 2016: 301ss). Esto podría explicar la concentración, durante los siglos finales de la Segunda Edad del Hierro, de grandes núcleos de población indígenas, tanto carpetanos como celtíberos, en el tramo medio y alto del Tajuña, tales como El Castejón de Armuña del Tajuña (10-14 ha), el Llano de San Pedro de Valderrebollo (9 ha.) (Gamo, 2018: 131-133 y 158), El Castejón de Luzaga (5,5 ha), el *oppidum* de La Torresaviñán (7 ha) y el propio yacimiento de La Muela (3,67-4,38 ha).

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer la financiación del proyecto arqueológico a la A.V. La Cumbre de Torrecuadrada de los Valles y al Ayuntamiento de Torrecuadrada, que también nos facilitó instalaciones para realizar la limpieza y estudio preli-

minar de los materiales recogidos, así como a los vecinos de los municipios. Por otra parte, tenemos que agradecer el trabajo y esfuerzo de los siguientes colaboradores, sin los cuales no habríamos podido llevar a buen puerto el proyecto arqueológico y la publicación de este artículo: Adrián de La Fuente, Nereyda Vélez, María González, Diego Bartolomé, Laura Salas, María Toril, Gonzalo Moreno, Elvira García, Luis Bartolomé, Carmen Bellón, Carla Ruiz y Lucía Ruano. También agradecemos la colaboración en los trabajos de inventario prestada por los alumnos de primero del Grado de Arqueología de la UCM. Por último, queremos agradecer, especialmente, el trabajo realizado y la generosidad mostrada por parte de las dos codirectoras del proyecto: Pilar San Clemente y Rosa Serrano.

BIBLIOGRAFÍA

- Abarquero, F.J. (2005): *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Arqueología en Castilla y León. Monografías, 4. Valladolid.
- Abascal Palazón, J.M. (2010): *Vías de comunicación romanas de la provincia de Guadalajara*. Reedición. Gea Patrimonio. Guadalajara.
- Alfaro Peña, E.A. (2018): *Oppida y etnicidad en los confines septentrionales de la Celtiberia*. Tesis Doctoral. Universidad de Valladolid. Valladolid.
- Almagro-Gorbea, M. y Benito, J. E. (2007): "El valle del Tajuña madrileño durante la Edad del Hierro: una aproximación arqueológica". En A. F. Dávila (ed.) *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro arqueológico, secuencia y territorio*, Vol. I. Zona Arqueológica, 10: 156-181.
- Álvarez Clavijo, P. y Pérez Arrondo, C. L. (1987): *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el valle alto y medio del Ebro*. (Historia/8). Logroño.
- Arenas, J. A. (1999a): "El inicio de la Edad del Hierro en el sector central del Sistema Ibérico". En J. A. Arenas y M. V. Palacios (coords.). *El Origen del Mundo Celtibérico*. Guadalajara: 191-211.
- Arenas, J. A. (1999b): *La Edad del Hierro en el Sistema Ibérico Central, España*. BAR, Int. Sers., 780. Oxford.
- Arenas, J.A. (2011): "El poblamiento prerromano en el área del Alto Tajo-Alto Jalón", *Complutum*, 22 (2), 129-146.
- Arenas Esteban, J.A. (2017): "El territorio de El Castejón de Luzaga". En: E. Gamio, J. Morín, J. Sánchez-Lafuente y D. Urbina (eds.): *El Castejón (Luzaga, Guadalajara)*. *Un oppidum en la Celtiberia. Nuevos datos para su interpretación*. MARq-AUDEMA. Madrid.
- Arenas, J. A. y Martínez, J. P. (1993-95): "Poblamiento prehistórico en la Serranía Molinesa: El Turmielo de Aragoncillo (Guadalajara)", *Kalathos*, 13-14: 89-141.
- Barroso, R. M. (2002a): *El Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el Tajo superior*. Universidad de Alcalá de Henares y Diputación de Guadalajara. Guadalajara.
- Barroso, R. M. (2002b): "Cuestiones sobre las cerámicas grafitadas del Bronce Final y I Edad del Hierro de la península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 59 (1): 127-142. <https://doi.org/10.3989 tp.2002.v59.i1.214>.
- Barroso, R. M. (2012): "Bronce Final-Hierro en el Tajo Superior". *El primer milenio a.C. en la meseta central. De la longhouse al oppidum*, Madrid, Auditores de Energía y Medio Ambiente: 28-45.
- Bartolomé Bellón, G. (2018): "La Sala Cerralbo del Museo Arqueológico Nacional. El sueño irrealizable de Enrique de Aguilera y Gamboa". *V Congreso Internacional de Historia de la Arqueología. IV Jornadas de Historiografía SEHA-MAN*, Madrid: 997-1016.
- Bartolomé Bellón, G. (2018b): *Estudio y prospección del asentamiento de La Muela (Torrecuadrada de los Valles-Torrecuadrada, Guadalajara)*. *Una aproximación a la Arqueología del Paisaje*. Madrid, UAM Ediciones.
- Bartolomé Bellón, G., San Clemente, P. y Serrano, R. (e. p.): "Indicios de metalurgia en el alto Tajuña. El yacimiento de La Muela, (Torrecuadrada de los Valles, Torrecuadrada, Guadalajara)". *Actas del X Congreso Internacional de Minería y Metalurgia Histórica en el Sureste Europeo*.
- Benito, J. E. (2015): *Estudio territorial en el valle del Tajuña (Madrid): una aproximación arqueológica*. 2 vols. Tesis doctoral inédita. UCM. Madrid.
- Berrocal Rangel, L. (2007): "El poblado fortificado de El Castejón de Capote y su paisaje: la fortificación de lo sagrado", en L. Berrocal-Rangel y P. Moret, eds. *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro: las murallas protohistóricas de la meseta y de la vertiente atlántica*. Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez, Madrid: RAH y Casa de Velázquez: 255-280.
- Berzosa del Campo, R. (2008): *Carta arqueológica municipal de Torrecuadrada*. Carta Arqueológica. Consejería de Educación, Cultura y Deportes, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.
- Blanco García, J. F. (2012): "La cerámica de la transición del Bronce al Hierro y del Hierro Antiguo en el área de Madrid y norte de Toledo (850/800 a. C. - 500/400 a. C.)". En J. Morín y D. Urbina (eds.) *El*

Primer Milenio a. C. en la Meseta Central. De la longhouse al oppidum. Vol. 1, I Edad del Hierro. Madrid: 297-337.

- Blanco García, J. F. (2016): "La cerámica de tipo Redal en el centro del valle del Tajo". En *Homenaje a la profesora Concepción Blasco Bosqued. Anejos a CuPAUAM*, 2: 135-148. <https://doi.org/10.15366/ane2.blasco2016.011>.
- Blanco García, J. F. (2019): "La cerámica fabricada a mano con decoración pintada de la Primera Edad del Hierro en el valle del Duero". En S. Celestino y E. Rodríguez (eds.). *Las Cerámicas a mano pintadas postcocción de la Península Ibérica durante la transición entre el Bronce Final y la I Edad del Hierro*, MYTRA, 4. Mérida: 161-211.
- Blanco García, J. F. Blasco Bosqued, M. C. y Sanz Toledo, M. (2007): "La cerámica". En *El Bronce Medio y Final en la región de Madrid. El poblado de La Fábrica de Ladrillos (Getafe, Madrid)*. Monográfico de Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas, 14-15. Madrid: 71-124.
- Blanco García, J. F., Gozalo, F. y Gonzalo, J. M. (2007): "El yacimiento del Bronce Final/Hierro I de El Bustar (Carbonero el Mayor, Segovia)". *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 3; 7-34.
- Blasco, M. C. (1997): "La Edad del Bronce en el interior peninsular. Una aproximación al II Milenio a. C. en las cuencas de los ríos Duero y Tajo". *CuPAUAM*, 24: 59-100. <https://doi.org/10.15366/cupauam1997.24.002>.
- Blázquez, J. M., García-Gelabert, M. P. y López, F. (1985): *Castulo* V EAE, 140. Madrid.
- Burillo, F. (2011): "Oppida y «ciudades estado» celtibéricas", *Complutum*, 22, (2): 277-295.
- Caballero, C. (2016): "Vías romanas en la provincia de Guadalajara: un estado de la cuestión". *Vías de comunicación romanas en Castilla-La Mancha*. Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca: 297-318.
- Cerdeño, M. L., García, M. R. y Arenas, J. A. (1995): "El poblamiento celtibérico de la región del Alto Jalón y Alto Tajo". En F. Burillo (coord.) *III Simposio sobre los Celtiberos. Poblamiento Celtibérico*. Zaragoza: 157-178.
- Cerdeño, M. L. y Juez, P. (2002): *El Castro Celtibérico de 'El Ceremeño' (Herrería, Guadalajara)*. Monografías Arqueológicas del S.A.E.T., 8. Teruel.
- Cerdeño, M. L., Pérez, J. L. y Cabanes, E. (1993-95): "Secuencia Cultural del Castro de 'El Ceremeño' (Guadalajara)", *Kalathos*, 13-14: 61-88.
- Cerdeño, M. L. y Sagardoy, T. (2016): *La necrópolis de Herrería I y II. Las fases culturales del Bronce Final II-III*. Madrid, La Ergástula.
- Cerrato Casado, E. (2011): "La prospección arqueológica superficial: un método no destructivo para una ciencia que sí lo es", *Arte, Arqueología e Historia* 18. 151-160.
- Crespo Cano, M. L. (1992): "Pico Buitre y el Bronce Final en el valle del Henares". En J. Valiente (ed.) *La Celtización del Tajo Superior*. Alcalá de Henares: 45-65.
- Crespo, M. L. y Arenas, J. A. (1998): "Aproximación a la secuencia cultural del Bronce Final y Primer Hierro en las tierras de Guadalajara (I)". *VI Encuentros de Historiadores del Valle del Henares*, Alcalá de Henares: 47-73.
- Delibes, G., Fernández, J. y Rodríguez, J. A. (1990): "Cerámica de la plenitud de Cogotas I: el yacimiento de San Román de Hornija". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LVI: 64-105.
- Fernández Martínez, V. (1985): "Las técnicas de muestreo en la prospección arqueológica", *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria* 9 (3): 7-47.
- Fernández Rodríguez, M. (2012): *La alfarería en época ibérica. Cerámica de barniz rojo en la Meseta Sur*. Puertollano, Ediciones C&G.
- Gamo, E. (2018): *La romanización de celtiberos y carpetanos en la Meseta Oriental*. Zona Arqueológica, 22. Museo Arqueológico Regional de la CAM. Madrid.
- García Huerta, M. R. y Antona, V. (1992): *La necrópolis celtibérica de La Yunta (Guadalajara). Campañas 1984-1987*. Patrimonio Histórico de Castilla-La Mancha, Arqueología, 4. Albacete.
- García Huerta, R. y Antona, V. (1995): "La necrópolis celtibérica de La Yunta (Guadalajara)". En R. de Balbín et al (eds.) *Arqueología en Guadalajara*. Patrimonio Histórico de Castilla-La Mancha, 12. Albacete – Universidad Autónoma de Madrid: 57-70.
- García Sanjuán, L. (2005): *Introducción al Reconocimiento y Análisis Arqueológico del Territorio*. Ariel. Barcelona.
- Jimeno, A. y Martínez, J. P. (1999): "El inicio de la Edad del Hierro en el nudo hidrográfico alto Jalón-alto Duero". En J. A. Arenas y M^a V. Palacios (coords.) *El Origen del Mundo Celtibérico. Actas de los Encuentros sobre el Origen del Mundo Celtibérico*. Guadalajara: 165-189.
- Liceras, R. (2017): *Paisaje y territorio celtibérico en el Alto Duero*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- Lorrio, J.A. (2005): *Los celtiberos*. RAH-Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- Lorrio, J.A. (2007): "El Molón (Camporrobles, Valencia) y su territorio. Fortificaciones y paisajes fortificados. Un espacio de frontera". En L. Berrocal-Rangel y P.

- Moret (eds.) *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. RAH y Casa Velázquez, Madrid: 213-236.
- Martínez, V. (1992): "El poblado de Campos de Urnas de Fuente Estaca (Embid, Guadalajara). En J. Valiente (ed.) *La Celtización del Tajo Superior*. Madrid: 67-78.
- Martínez, V. y Arenas, J. (1988): "Un hábitat de Campos de Urnas en las Parameras de Molina (Embid, Guadalajara)". En *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, T. III, Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (2). Toledo: 269-278.
- Paz Peralta, J. A. (2009). "Las producciones de *terra sigillata* hispánica intermedia y tardía." En D. Bernal y A. Ribera, eds. *Cerámicas Hispanorromanas. Un estado de la cuestión*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz: 497-539.
- Ruiz Zapatero, G. y Burillo Mozota, F. (1988): "Metodología para la investigación en arqueología territorial". *Munibe, Suplemento*, 6:, 45-64
- Valiente, J. (1984): "Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara). La transición del Bronce al Hierro en el Alto Henares". *Wad-al-Hayara* 11, 9-58.
- Valiente, J. (1999): "La facies Riosalido y los Campos de Urnas en el Tajo superior". En J. A. Arenas y M. V. Palacios (coords.) *El Origen del Mundo Celtibérico*. Guadalajara: 81-95.
- Valiente, J., Crespo, M. L. y Espinosa, C. (1986): "Un aspecto de la celtización en el alto y medio Henares. Los poblados de ribera". *Wad-al-Hayara*, 13: 47-70.